

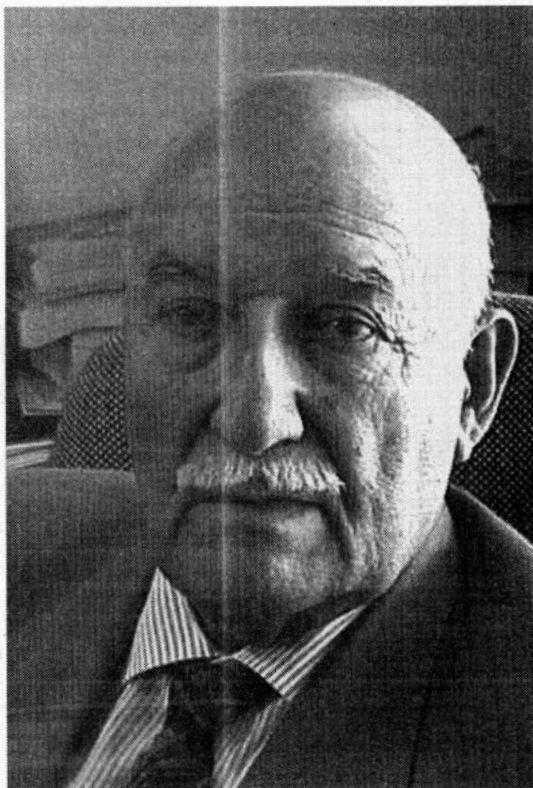
Premio más que merecido

Tito Castillo Peralta, después de una larga y sobresaliente trayectoria profesional, ha sido distinguido con el Premio Nacional de Periodismo del presente año. Es un galardón más que merecido y Tito, un periodista que ha pasado por toda la gama periodística, desde reportero a director, en un indiscutible grado de excelencia, a sus 84 años de vida sigue trabajando en lo suyo como siempre, sin aspavientos ni actitudes de "vedette", y, por el contrario, dando a su tarea un significativo toque de dignidad. Serenense de nacimiento, Tito se inició en la profesión en su ciudad natal y fue reportero, redactor, jefe de crónica y director de medios en la capital y provincias. El periodismo regional encontró en él a un mentor extraordinariamente calificado, sobre todo porque Tito Castillo supo imprimirle una impronta de reciedumbre y fervor por el servicio público. Multifacético, de amplia cultura, los chillanejos lo respetan por su labor como director de "La Discusión" y ocurre igual cosa en la Universidad de Concepción por la obra cumplida en la conducción de la revista "Atenea", en la cual derrochaba sus inquietudes culturales con un singular rigor intelectual. El Diario EL SUR es testigo de la calidad, profundidad y sentido común de Tito Castillo en sus habituales y periódicas columnas de opinión. Lo mismo ocurre con otras publicaciones en las cuales expone sus puntos de vista, siempre tan repletas de amenidad, depurado estilo y vasto sentido común. Tenerlo como compañero y vecino en estos afanes es un honor que honestamente no puedo disimular.

Tampoco debiera dejar de considerar que este premio le fue otorgado a Tito Castillo por decisión unánime del jurado que, luego de analizar concienzudamente sus méritos indiscutibles, tuvo también ante sí los currículos de varios otros periodistas de excepción y, de ellos, dos más que han servido en esta casa periodística. Es muy estimulante comprobar que el periodismo de regiones tiene proyección más allá de las fronteras físicas en que se desenvuelve. Para públicamente dar testimonio de este reconocimiento, el tribunal discernidor escogió al mejor exponente de todos. Menuda tarea, sin duda, pero la reflexión madura de los comisionados los movió, naturalmente, en el sentido correcto.

Una vida entera dedicada con pasión, dignidad y decoro a esta profesión tan noble y señera constituye uno de los aportes más trascendente en la existencia de una persona que siente profundamente la vocación del servicio público. Nosotros, los lectores de Tito Castillo, hemos comprobado en los hechos la justicia de este reconocimiento. Nos consta su calidad humana y aquilatamos el magnífico aporte que ha hecho al mejoramiento de la actividad periodística, expresada tanto en el manejo diestro del oficio como en la formación señera de nuevas generaciones.

Ser periodista de verdad a veces trae incom-



preensiones que uno no osa explicarse. Sin embargo, los enfoques injustos sobre la labor cumplida otras veces nos hacen reflexionar sobre los riesgos y mezquindades a que está expuesto pero que, en no pocas oportunidades, son situaciones similares a una condecoración por el deber cumplido. Es probable que a Tito, como a tantos otros, le haya ocurrido algo parecido.

Lo importante es que luego de sesenta años de ejercicio de esta sin igual actividad, sienta que nada ha sido en vano, que sus méritos están siendo unánimemente reconocidos. Quienes admiramos a Tito por su extraordinaria trayectoria nos sentimos identificados con la justicia de este laurel que está recibiendo y hacemos votos porque su pluma siga vigente, entregando al público el fruto de sus vastos conocimientos y las orientaciones de su excelente criterio. Nada puede ser más grato para mí que escribir estas líneas de congratulaciones y homenaje a quien admiro desde hace mucho y respeto como a un preclaro colega de profesión. En un mundo en donde campean las envidias y los celos, es alentador decirle a un compañero de oficio que asumimos su triunfo con legítimo orgullo y satisfacción. Esperamos que lo mismo ocurra con todas las personas que, a lo largo de Chile, han seguido su recorrido periodístico con agrado y afecto. Tito sabe que, contar con un grupo, grande o pequeño, de personas que respaldan su trabajo con admiración, es una distinción que enaltece y compensa infinitamente el esfuerzo realizado. El Premio Nacional que se le ha concedido ahora es una ratificación explícita de esa realidad tácita.

Emilio Filippi M. -